

Título de la ponencia: *Allegro ma non troppo*: reflexiones sobre las temporalidades del populismo.

Autora: Nuria Yabkowski

Correo electrónico: nuriayaco@gmail.com

Institución: Instituto del Desarrollo Humano-Universidad Nacional de General Sarmiento / Miembro del Proyecto PIP: "Hegemonía y antagonismo en la Argentina de principios de siglo XXI. El caso del populismo kirchnerista" Dir: Paula Biglieri / UBA

Área temática: Teoría política contemporánea / Populismos

Trabajo preparado para su presentación en el VII Congreso Latinoamericano de Ciencia Política, organizado por la Asociación Latinoamericana de Ciencia Política (ALACIP). Bogotá, 25 al 27 de septiembre de 2013.

Mesa de Trabajo: "POPULISMOS Y NEOPOPULISMOS EN AMÉRICA LATINA. Enfoques teóricos y aproximaciones empíricas":

Resumen:

En este trabajo nos proponemos abordar al populismo desde la dimensión temporal. Esto supone, en primer lugar, asumir que el populismo tiene algo específico y particular en relación al tiempo y, más precisamente, en relación a la experiencia del tiempo, ya que, como afirma Agamben "cada cultura es ante todo una determinada experiencia del tiempo y no es posible una nueva cultura sin una modificación de esa experiencia" (2001: 131). Cuando se considera al populismo como una forma particular de constitución de una identidad política, adquiere centralidad la frontera que separa y constituye al "nosotros" del "ellos". A partir de allí, una de las vías de análisis que surge, tanto teórica como empíricamente, consiste en dar cuenta de las particularidades que asume una identidad política marcada por esta frontera. En este trabajo queremos explorar la temporalidad o las temporalidades que serían propias del populismo y cuáles serían las marcas que ellas dejan en esta identidad política. Si las revoluciones cambian el tiempo, ¿los populismos llegan a ser revolucionarios? ¿O más bien conviven en él temporalidades plurales y ambiguas? ¿Cuál es la relación, en el populismo, entre el tiempo de la urgencia, de aquellos que ya no puede esperar, y los tiempos necesarios, graduales, administrativos? ¿Se transforman las temporalidades de una identidad política según se va desarrollando el proceso político? Los orígenes y los ocasos de los populismos, ¿tienen las mismas temporalidades? Estas son algunas de las preguntas que movilizan nuestras reflexiones (aunque no se pretende responderlas a todas), teniendo como referencia empírica al caso argentino del kirchnerismo.

## I. Introducción: tiempo, política y acción

La preocupación por el tiempo parece provenir, casi siempre, de una intuición, pues se siente pero resulta inaprensible. Ya Agustín decía que “si no me lo preguntan, lo sé, si me lo preguntan no lo sé”, y lo entendía como una experiencia interior compartida, una impresión en el alma, el resultado de una operación intelectual sobre una realidad que no es temporal. Este tiempo humano es apenas un paréntesis de la eternidad, que comienza con la Creación y termina con el Juicio. No hay nada nuevo que esperar, está ya todo dicho, si el tiempo está gobernado por Dios no hay lugar ni sentido para la rebelión contra el sistema, pues no existe un mínimo de indeterminación sobre lo que vendrá. Esta primera aproximación deja en evidencia que la temporalidad es condición de posibilidad de la acción. El tiempo cristiano avanza de forma irreversible hacia un final ya escrito y anula así cualquier acción posible.

Procederemos entonces a una breve revisión de algunas concepciones del tiempo para comprender cómo cada una de ellas se relaciona con la acción, con la posibilidad de una acción transformadora y, por ende, con una noción de lo político como acto fundante. Esta reflexión teórica se nos presenta como un primer paso necesario para responder la pregunta que funciona como horizonte de investigación: las temporalidades propias del populismo. Por supuesto que aquí no llegaremos a una respuesta definitiva, pero intentaremos un acercamiento: nos preguntamos en primera instancia ¿cuáles son y qué características tienen las acciones políticas constitutivas del populismo? Y luego, si una determinada concepción del tiempo habilita o inhabilita la acción política, ¿qué concepciones del tiempo se corresponden con las acciones populistas? Debe notarse que, como consecuencia de asumir la pluralidad de acciones de y en el populismo, corresponde pensar en términos de una diversidad de temporalidades.

Ahora bien, la validez de la pregunta no es autoevidente, puesto que la cuestión de las temporalidades no ha pertenecido tradicionalmente al campo de las identidades políticas, sino más bien a los cambios desarrollados a través de extensos períodos de tiempo, con sus consecuentes transformaciones estructurales en la cultura y las formas de vida. Es por ello que las comparaciones se establecen entre la época clásica, el feudalismo, el renacimiento, la modernidad y la posmodernidad. ¿Será posible traducir una pregunta tradicionalmente formulada para las épocas a la singularidad de una identidad política? El tiempo cíclico, el tiempo como desarrollo de la historia o el tiempo como interrupción de la historia, ¿son categorías aplicables a una identidad política, cuando esta identidad se desenvuelve en el marco de una determinada época? Si una época está caracterizada por *una* temporalidad que le es específica, afectando de forma global al conjunto de las acciones que en ese lapso se desarrollan, ¿qué sentido tendría preguntarse por la temporalidad de una identidad política si ella no tiene la capacidad transformadora para imponerse ante lo que su época le marca?

No es necesario responder esta pregunta sino cuestionar sus supuestos. En primer lugar, porque no existen razones para asumir a priori que cada época tiene una sola y única temporalidad. Por el contrario, ya sea en el campo de las identidades políticas o en el campo de las “épocas”, de lo que se trata es de dejar de pensar al tiempo como un anclaje para concebirlo como un problema, cuya resolución no puede ser sino contingente, como sucede con el resto de los fundamentos. Y si la temporalidad está sujeta a la contingencia, también está sujeta al conflicto entre sus diversas resoluciones posibles. Desde esta perspectiva la pregunta por las temporalidades de una identidad política no aparece invalidada. Lo que resulta necesario es tener en cuenta la diferencia “de escalas”, puesto que las consecuencias para la acción política de una singular concepción del tiempo –en la época clásica, por ejemplo–, no son mecánicamente

traducibles a las consecuencias de una similar concepción al interior de una identidad política. Atendiendo a estos recaudos no menores, creemos que no solo es posible, sino que resulta potencialmente muy productivo, analizar las relaciones entre las diferentes temporalidades y sus implicancias para la acción.

Ahora debemos abordar la relación entre tiempo y política. Todo orden social entendido como una construcción artificial y precaria sostenida en fundamentos contingentes implica una particular forma de estructurar el tiempo, por ende, una particular forma de reducir la incertidumbre creando un sentido de continuidad, porque se trata de articular los acontecimientos como proceso (pasado, presente, futuro). Y esta estructura determina, a su vez, lo posible, pues lo posible depende del tiempo que se tenga para realizarlo, es decir, del horizonte temporal dentro del cual actuamos:

El realismo –¿qué es posible?– implica una cuestión de tiempo. Lo posible depende del tiempo disponible, de los plazos objetivos, de las expectativas subjetivas. Un problema mayor en nuestros países es la disparidad de horizontes temporales. ¿Cómo lograr cierta sincronización entre las diferentes temporalidades? Un mecanismo es la confianza; ella permite ganar tiempo y aumentar la incertidumbre tolerable respecto de la imprevisibilidad del otro. Junto a la confianza interpersonal se requiere una confianza en el sistema político. Ello supone una “producción de tiempo” que otorgue continuidad al orden (Lechner, 1984: 3).

Otra forma de visualizar la implicancia de la temporalidad en la acción nos remite al debate entre el economicismo y el voluntarismo. Si el primero puede y debe esperar, no es tanto porque sabe que cuenta con el tiempo para hacerlo, sino porque ese tiempo por venir no depende de ninguna acción posible. Mientras que el voluntarismo trata de avanzar porque el momento oportuno es ahora y no se debe perderse.

¿Pero cómo saber si hay tiempo? ¿Cómo o quién define cuánto tiempo tenemos? Ambas preguntas están tratando al tiempo como una condición previa y externa a la acción política, cuando en realidad hacer política, dice Lechner, “es estructurar el tiempo”. Y si fuéramos más lejos aún, hacer política es crear el tiempo, sobre todo para lo urgente –en esto último Lechner probablemente no acordaría ya que concibe al tiempo como un bien necesariamente escaso– (Ibíd.:12). Así como se pone en evidencia el conflicto entre temporalidades diversas cuando hay que definir las urgencias del presente, también sucede respecto de la relación con el pasado (como condicionante, determinante, continuidad, ruptura, o pasado mítico).

La estructuración del tiempo tiene por objetivo, además, reducir las inseguridades y las incertidumbres ligando la acción en el presente con el presente venidero, crear el futuro a través de las decisiones presentes, adelantándonos, planificando, dominando el futuro a través del cálculo sobre una materia que se transforma precisamente como consecuencia de ese cálculo. “Si todo está bajo control, no hay problema de tiempo” (Ibíd.: 16).

Dejamos planteado entonces las razones que le dan lugar a estas preguntas sobre la temporalidad y su relación con la acción y la política. En el siguiente apartado repasaremos brevemente algunas concepciones del tiempo, para luego concentrarnos en el análisis de los tiempos del populismo a través del caso concreto del kirchnerismo en Argentina.

## II. Concepciones sobre el tiempo

En la filosofía política de Platón el tiempo es cíclico para poder imitar la eternidad como totalidad cerrada y siempre presente a sí misma, el círculo infinito es lo que mejor se identifica con el movimiento interno de la eternidad. Ello exige que los acontecimientos sean recurrentes. En el ciclo no existe verdadero pasado o futuro, pues el universo permanece idéntico a sí mismo. En Aristóteles el tiempo es apenas una propiedad del movimiento continuo, constituye su número cardinal, lo que permite ordenarlo y distinguir el pasado del futuro a través de lo discreto. Pero esta temporalidad no destruye la ciclicidad, ya que el tiempo como número, que permite salir del ciclo, es apenas un acto mental, subordinado, a través del cual esos pasados y esos futuros son idénticos a otros pasados y otros futuros. De este modo, se prioriza la estabilidad del sistema y nada nuevo es verdaderamente posible (Colombo, 2010: 31 y ss.).

En la concepción cristiana no hay ciclo porque el advenimiento del Salvador es uno e irreplicable. El tiempo, creado con el mundo, tiene principio y fin, pero la medida del tiempo para Agustín, como ya vimos, ocurre en el alma. A diferencia de los griegos, la irreversibilidad del tiempo cristiano despliega el tiempo futuro, pero sin que ello abra un tiempo para la acción, pues todo el tiempo está gobernado por Dios. Ni siquiera queda el mínimo de indeterminación que tenía el héroe de la epopeya clásica, al que se le permitía desafiar el destino previsible, apelando a una suerte que hacía de los logros políticos algo fugaz e inestable. “Mientras que la promesa clásica de orden estable era desmentida por el ciclo infinito, entre los cristianos se convierte en promesa de eternidad, y en ambos casos desaparece el tiempo como algo significativo” (Ibíd.: 58).

El tiempo en Maquiavelo tiene diversas interpretaciones. Una de ellas enfatiza la lectura de Polibio según la cual la historia humana recorre un ciclo indefinidamente, pasando de una forma de gobierno a otra según el inmóvil movimiento de la repetición de los mismos cambios. Para luchar contra eso es necesario que al acto fundante o constituyente le siga el acto de la institucionalización que otorga duración.

El acto primero debe institucionalizarse para que la república sea duradera, pero no se consigue saber a través de Maquiavelo cuál es la razón política por la cual el acto constituyente obtendría el tiempo de la transición que lo convierte en poder constituido, o que lo transforma en un dispositivo que lo prolonga más allá de sí mismo (Ibíd.: 81).

Una segunda interpretación, en consonancia con el posfundacionalismo, enfatiza la lectura que hace de Roma como pura singularidad, a través de la cual se afirmarían que no hay tal necesidad de atravesar cíclicamente las distintas formas de gobierno, así como tampoco una armonía estática o un justo medio en una forma perfecta de gobierno. Hablar de Roma implica la ruptura con el ciclo de Polibio, puesto que solo existen singularidades, diversos órdenes, diversas temporalidades contingentes y en potencial (pero no necesario) conflicto unas con otras. Si fundar un orden es una respuesta a la división de la ciudad entre los que quieren dominar y los que no quieren ser dominados, ese orden se monta sobre ciertas experiencias de la temporalidad –que contienen memorias colectivas del pasado y expectativas sobre el futuro– permitiendo unas e inhabilitando otras. Así, la crisis de un orden es también la lucha entre los diversos tiempos.

Si en la primera de estas interpretaciones de Maquiavelo, el éxito de la acción fundante parecía anulado por la imposibilidad de detener el ciclo que condenaba al fracaso la lucha por la duración; en la segunda la acción se inscribe en la pluralidad temporal, y

por ello es imposible responder en base a principios trascendentes y eternos dónde, cuándo y cómo debemos actuar. La acción fundante como refundación no puede ser concebida bajo la lógica del ciclo, ya que el retorno al origen no es el retorno al pasado, sino al mito que provee la fuerza del poder colectivo y del comienzo, y por ello no se confunde con la repetición inalterable de lo idéntico.

Entre los modernos, Newton separa el tiempo del espacio, concibiéndolo como una línea recta infinita que se continúa en ambas direcciones, es algo objetivo que fluye pudiendo afectar al hombre pero sin que pueda ser afectado por él: “El verdadero tiempo, absoluto y matemático, por sí mismo y por su propia naturaleza, fluye uniformemente sin relación con nada externo” (Newton, 1687, citado en Justiniano, 2004: 2).

La Modernidad transfiere las propiedades del tiempo a la historia secular, la cual se desarrolla de forma incremental e irreversible. Siguiendo a Hegel, la historia ha de entenderse como progreso lineal que a medida que avanza se curva y retorna pero no como repetición indefinida de lo mismo. El círculo histórico se emprende solo una vez, la historia como movimiento infinito es incapaz de ser detenida por nada ni nadie. Y mientras lo natural está sujeto al tiempo finito, el espíritu es eterno, está sustraído del tiempo, ha sido en sí siempre lo que es, y las diferencias se producen al desarrollarse el espíritu en sí.

Para Colombo esta noción del tiempo que niega la acción como fuente temporalizadora permanece en Marx, pues sigue confundiendo al tiempo con la historia, en la cual el hombre tiene una tendencia intrínseca a atravesar una serie de fases en su desarrollo, estando el presente y el futuro cargados de pasado, el cual amenaza con extenderse opresivamente. Marx “no comprendió tampoco que la Revolución Francesa había creado al tiempo por su cuenta y sin apoyarse en la historia” (Colombo, 2010: 173).

Koselleck sintetiza algunas de las concepciones que vimos hasta aquí distinguiendo tres experiencias que corresponden a tres concepciones del tiempo. En la primera la experiencia es de un tiempo estático y el fin del mundo el horizonte de expectativa que la Iglesia presenta como la historia de salvación. La segunda repone el modelo circular en la cual la experiencia del pasado contiene un elemento del mañana. La tercera finalmente se abre al concepto de progreso, apurando al presente hacia un futuro definitivo e idílico, supeditando la experiencia a la expectativa (Koselleck, 1993). Giacomo Marramao coincide con el proceso de aceleración que ha iniciado la modernidad, reduciendo la experiencia múltiple humana a los tiempos de la cadena de producción. Contra eso propone la experiencia del *kairós*, un tiempo más allá del simple *cronos*, que restauraría la pluralidad del tiempo de lo humano, el tiempo propio o lo que él llama el “tiempo oportuno”, un tiempo de convivencia entre el tiempo del mundo y el tiempo de la vida, el tiempo social y el tiempo psíquico. Una suerte de horizonte de encuentro para la experiencia temporal del individuo con la experiencia y los códigos temporales de la comunidad. Esta dimensión “kairológica” del tiempo sería, según palabras del autor, “la única capaz de conectar, en una tensión fecunda, pasado y futuro dentro del presente de la experiencia y la imaginación creativa” (Marramao, 2008: 153). Es decir, recomponer nuestro multiverso temporal.

### III. Las temporalidades del populismo: kirchnerismo *allegro ma non troppo*

#### A. Incorporar la lógica temporal

Ernesto Laclau nos explica que la operación populista comienza con la aparición de un antagonismo que implica un espacio social fracturado ante la existencia de demandas insatisfechas y de un poder insensible a ellas, entre las cuales se produce una articulación equivalencial (por ejemplo, entre una demanda sindical salarial y una demanda por la igualdad de género). Cuando se produce una operación hegemónica en la cual una de ellas se vacía de su contenido particular para encarnar la forma de lo universal, se cristaliza una identidad popular y emerge el pueblo. En el populismo, a diferencia del institucionalismo, el pueblo (la *plebs*) es la *parte* que aspira a constituirse como la única totalidad legítima (el *populus*), siendo ésta la específica forma de totalización, de trazar los límites de lo representable, que distingue al populismo de otras lógicas posibles: la lógica populista divide a la sociedad y, a la vez, ensaya permanentemente su recomposición a través del establecimiento de equivalencias. En cambio, la lógica institucionalista constituye un espacio homogéneo al interior del cual los elementos se relacionan sólo como diferencias, siendo todas ellas igualmente válidas. El hecho de que las demandas sean satisfechas institucionalmente impide que se active el componente equivalencial que les permitiría establecer relaciones entre sí<sup>1</sup> (Laclau, 2005: 107-108). Como vemos, para Laclau el populismo implica tanto ruptura como recomposición del orden. Lo que observamos que comparten ambas lógicas políticas es que están concebidas únicamente con referencia a la espacialidad.

Incorporar la dimensión temporal para analizar las identidades políticas implica sostener la siguiente premisa: los cambios que transforman a la comunidad política se producen por un agrietamiento en su conformación espacial, en la disposición de los lugares y de los cuerpos (diría Rancière), pero dicho agrietamiento no es sino el efecto inevitable de una ruptura en la temporalidad.

La lógica policial, tal como la concibe Rancière (1996), efectivamente ordena los cuerpos y los espacios, distribuye y asigna tareas, ordena lo sensible, los modos del ser, del hacer y del decir. Pero, agregamos aquí, la lógica policial también ordena el tiempo. El tiempo policial es lineal, gradual, esperable, continuo. La lógica política irrumpe y rompe el tiempo, trastocando la relación entre pasado, presente y futuro. Por eso sorprende, nos agarra desprevenidos. El diccionario dice que sorprender es conmovier o maravillarse con algo raro, imprevisto o incomprensible. Y aquí lo incomprensible es ese ruido del que habla Rancière, lo que todavía no ha entrado en el régimen de lo decible. Y es incomprensible porque no era lo esperado. Sólo cuando se inaugura un nuevo tiempo, lo sensible se reordena y ese ruido se torna palabra. A veces, todo esto sucede en un mismo y único acto: son los momentos políticos.

#### B. El factor sorpresa contra el tiempo cíclico

Teniendo esto en cuenta, eso que el periodismo bautizó como el “factor sorpresa” del kirchnerismo<sup>2</sup>, adquiere otro sentido. Ya no se trataría solamente de un modo de actuar decisionista e inconsulto (que también puede serlo), sino, sobre todo, de una cualidad del hacer político. Pues la irrupción de la lógica política implica aquí trastocar la

<sup>1</sup> En otros artículos hemos criticado la relación que establece Laclau entre institucionalización e identidades populistas. Ver Yabkowski, 2012.

<sup>2</sup> Como ejemplo: “El nuevo globo de ensayo lanzado estos días es la posibilidad de que Carlos Zannini sea candidato a consejero en las primarias de agosto. El encumbrado funcionario, secretario de Legal y Técnica de la Presidencia y hombre de máxima confianza de CFK, desestimó la posibilidad, pero el factor sorpresa es casi una regla de manual del estilo K” (Poggi, *Argentina Digital*, 15/04/2013).

temporalidad esperada y, por ende, sorprender. Y esto es lo que aún muchas de las medidas que el kirchnerismo fue adoptando y alrededor de las cuales construyó su identidad política y un relato sobre lo que es. No todas las decisiones tenían actores organizados en los que apoyarse, ni relatos contruidos que las legitimaran de antemano. No todas estaban organizadas ya como demandas. Y debido a esta heterogeneidad, las sorpresas no fueron todas iguales. En algunos casos, se debió a la *reconfiguración del campo de lo posible*. No se esperaba que *alguien pudiera* hacer tal o cual cosa, no se esperaba que un *presidente* (miembro de la clase política deslegitimada) *quisiera hacerlo*, y no se esperaba que un presidente que asumió con el 22% de los votos *pudiera hacerlo*. Tampoco se esperaba que luego de la resolución adversa para el Gobierno de uno de los conflictos más importantes que tuvo que atravesar (el conflicto con “el campo”), de que perdiera las elecciones legislativas de 2009,<sup>3</sup> ese mismo Gobierno decidiera dar nuevas e importantes batallas como la modificación del sistema de jubilaciones y la ley de Servicios de Comunicación Audiovisual.

Este primer modo de la sorpresa puede ser ejemplificado en el enfrentamiento del Presidente Néstor Kirchner con la Corte Suprema de Justicia conformada por el Gobierno de Carlos Menem. A poco más de dos meses de la asunción, y en un contexto en el que la Corte debía fallar respecto de la pesificación asimétrica, Kirchner decide hacer uso de la cadena nacional para dirigirse a la ciudadanía y, en forma de denuncia, reafirmar que no aceptará presiones, maniobras espurias o pactos a espaldas del pueblo:

En el día de ayer y con asombro hemos escuchado y contemplado las impropias afirmaciones hechas a la prensa por el señor presidente de la Corte Suprema de la Justicia de la Nación, doctor Julio Nazareno. Impropias del cargo que ostenta, por lo que dicen, impropias del cargo que ostenta por lo que sugieren, impropias del cargo que ostenta por la presión que tratan de esconder. Es el pasado que se resiste a conjugar el verbo cambiar que el futuro demanda, acostumbrado como está a un constante toma y daca para subsistir y lograr sus objetivos a costa de la calidad institucional (Kirchner, 5/06/2003).

Nos sorprendió porque en ese momento se rompió una temporalidad que simbólicamente comenzó con el Pacto de Olivos sellado “a solas y en secreto” (Rinesi, 2007: 114). Y algo de eso Kirchner intuyó, su enfrentamiento no era, solamente, con una institución corrompida y/o con su presidente. Era con el tiempo, con uno que no era suyo. Por eso cuando afirma que “es el pasado que se resiste a conjugar el verbo cambiar que el futuro demanda”, en ese mismo instante lo agrieta para que nazca otro. Y por esa misma razón, esa frontera fundacional que traza con el pasado<sup>4</sup> implica que la ruptura con el neoliberalismo es para Kirchner una ruptura con “los 90”.

---

<sup>3</sup> El kirchnerismo perdió en la Provincia de Buenos Aires (34.58% Unión PRO, 32.11% Frente para la Victoria), perdió más de 20 bancas en la Cámara de Diputados, aunque continuó siendo la primera minoría en el Parlamento. A nivel nacional los resultados también fueron muy ajustados entre el primer y el segundo lugar: 30.9% para el Acuerdo Cívico y Social, 30.7% para el Frente para la Victoria. Lo importante es que la lectura política de estos resultados hablaba de una derrota del kirchnerismo. Resultados consultados en [http://eleccionargentina.org/wiki/index.php?title=Elecciones\\_legislativas\\_de\\_2009](http://eleccionargentina.org/wiki/index.php?title=Elecciones_legislativas_de_2009) [Consulta: 1 de marzo de 2011]

<sup>4</sup> Gerardo Aboy Carlés define la lógica “refundacionalista” como aquella que establece abruptas fronteras políticas en el tiempo, entre un pasado cercano o amenazante que es demonizado (los 90, en este caso) y un futuro venturoso que se presenta como la contracara de ese pasado (Aboy Carlés, 2005: 125-149).

Por supuesto, las reflexiones de Walter Benjamin sobre la historia nos acompañan en este análisis. Benjamin apostaba por un tiempo distinto al tiempo mecánico, automático, cuantitativo, siempre igual a sí mismo, luchaba contra el tiempo de los relojes y del progreso continuo, gradual e infinito, contra el tiempo reducido al espacio. A ello había que oponerle un tiempo histórico lleno, cualitativo, heterogéneo, cargado de momentos explosivos. Que hiciera saltar el *continuum* de la historia (Benjamin, 2007). No es un tiempo *como historia* (como en Hegel) sino un tiempo que *interrumpe* la historia. Y por ello en ese mismo discurso Kirchner rechaza la idea del ciclo:

La ayuda del conjunto de la ciudadanía que como nosotros asiste horrorizada a la reiteración periódica o cíclica de este tipo de actitudes reprochables; la ayuda de las instituciones que con premura deben hacer valer sus facultades constitucionales para concretar los cambios que la ciudadanía reclama (Kirchner, 5/6/2003).

La ruptura con el tiempo cíclico aparece reiteradamente en los discursos de Kirchner porque el inevitable retorno del pasado es el tiempo de “los otros”, mientras que el suyo es un tiempo fundante:

Yo sé que muchos por ahí dicen: "ya les va a llegar el momento de tener que aplicar medidas duras", porque algunos creen que la única forma de gobernar es dar y dar sobre el lomo del pueblo. Están equivocados, nosotros vamos a aplicar, todos juntos, medidas que de a poco nos devuelvan la posibilidad de vivir, de tener esperanzas, de mirar a los ojos de nuestras familias y saber que nuestros hijos mañana van a estar mejor que nosotros (Kirchner, 22/08/2003).

Debemos ser capaces de agudizar el ingenio; es el tiempo de atrevernos a encontrar soluciones nuevas para hacer frente a problemas conocidos. Sabemos de la insuficiencia de las recetas ya aplicadas para salir de esta crisis que desde tanto tiempo nos aqueja y conocemos también que seguir transitando la senda de siempre no puede conducirnos a un destino diferente al que lamentablemente ya conocemos.

Seguir la lógica impuesta va a terminar por desalentarnos y convertir este instante de esperanza en una nueva frustración (Kirchner, 19/08/2003).

Podemos observar cómo opera la concepción cíclica del tiempo en uno de los análisis del kirchnerismo que realiza Roberto Gargarella (2010). Analizando los debates constitucionales que tuvieron lugar en América Latina entre 1810 y 1860, encuentra que confrontaron tres proyectos muy distintos acerca de cómo organizar las instituciones de las nuevas naciones independientes: el conservador, el liberal y el radical. En casi todos los países, liberales y conservadores detienen su enfrentamiento para aliarse contra el proyecto radical. Y esta lógica se viene repitiendo a lo largo de la historia, por ejemplo en los devenires del alfonsinismo en la transición democrática y también en el kirchnerismo. Esta lógica se desarrolla del siguiente modo: el liberalismo necesita ganar estabilidad y para ello puede abrazar bases de sustento popular o abrazar el conservadurismo. “Ante tal dilema, la elección del liberalismo fue sistemáticamente, inexorablemente, siempre la misma: en Argentina y en América Latina repetidamente, su respuesta fue la de resolver su drama inicial, y su dilema posterior, abrazándose al conservadurismo” (Gargarella, 2010: 58). El autor afirma que reconocer la continuidad de esta lógica le ha servido para comprender el presente. Si el ciclo no puede sino repetirse se adquiere certeza acerca del presente y también del futuro:



Eduardo [Rinesi] entiende que aún sobrevive la posibilidad de una opción por izquierda, la posibilidad de una opción redentora. Yo no tengo esa esperanza porque veo que hoy vuelve a repetirse una historia conocida, porque veo cuál es el modo en que se alinean las fuerzas políticas, veo cuál es la dirección de los hechos duros, cuál es la orientación de las decisiones más importantes que se toman, una tras otra, y que me ratifican sin dejar lugar a dudas, la repetición de aquella historia citada (Ibíd.: 59-60).

### C. *Un particular sentido de la urgencia*

Así como uno de los modos de la sorpresa estaba relacionado con la reconfiguración del campo de lo posible, el otro que podemos reconocer está ligado a la noción de “todavía” o, mejor dicho, de un *todavía no*. Ciertas medidas nos sorprenden porque, si bien ya están configuradas como demandas, sostenidas por colectivos organizados y expresadas en el espacio público, dentro de la temporalidad esperada *todavía no* ha llegado su momento de concreción. En un tiempo futuro, y después de haber atravesado gradualmente las etapas necesarias, podemos esperar que esa demanda sea respondida, pero aún no. Y es allí cuando irrumpe el *Jetztzeit*, el “tiempo actual” o “tiempo ahora” para romper ese *continuum* vacío. Ejemplos de este modo de la sorpresa son la Ley de Servicios de Comunicación Audiovisual (SCA) aprobada en octubre de 2009, y la ley de matrimonio igualitario aprobada en julio de 2010. En la presentación que hizo la Presidenta Cristina Fernández del proyecto de ley de SCA, el 18 de marzo de 2009 en La Plata, dijo:

Cuando el año pasado comenzamos las reuniones con las organizaciones integrantes de la Coalición Democrática, y luego con las distintas organizaciones que nuclean a las empresas periodísticas, porque en realidad mantuvimos reuniones con todos los sectores, tal vez algunos creyeron que se trataba simplemente de un ejercicio que nunca iba a poder concluir en lo que hemos denominado una vieja deuda de la democracia, y que es esta propuesta de proyecto de ley, que hoy tenemos aquí (Fernández, 18/03/2009).

Seguramente muchos creyeron que nunca iba a poder concluir este proyecto, es decir, que nunca se iba a concretar, y los múltiples proyectos frustrados en 25 años de democracia así lo indicaban.

La ley de matrimonio igualitario también fue una ruptura en el tiempo esperado. Lo esperable, incluso por las organizaciones del movimiento GLTTB, era la sanción de una ley de unión civil como medida gradual hacia la plena igualdad de derechos, o bien, la postergación del debate en el Parlamento para un próximo mandato.

Con la sanción de ambas medidas advino ese tiempo ahora y se reactualizó el sentido de la urgencia: es ahora porque no puede esperar más.<sup>5</sup> Porque de esta forma se abre la historia y se puede ver en cada momento una chance. Romper el tiempo es dejar de esperar. Y por eso el mesianismo benjaminiano secularizado nos guía en estas reflexiones. Así lo interpreta Löwy: “no se trata de esperar al Mesías, como en la tradición dominante del judaísmo rabínico, sino de provocar su venida”. Y para decir

---

<sup>5</sup> Sin tener la intención de asimilar estas medidas a una revolución, citamos aquí unas líneas de Michael Löwy haciendo referencia a otro gran autor de la Escuela de Frankfurt, Max Horkheimer en su libro *Teoría crítica*: “Según Horkheimer, ‘para el revolucionario, el mundo ya ha estado siempre maduro’: el imperativo de poner el fin al horror ‘era de actualidad en todo momento’. La transformación radical de la sociedad y el fin de la explotación ‘no son una aceleración del progreso, sino un salto fuera de él’” (Löwy, 2005: 115).

eso se afirma en aquella cita de Focillon que Benjamin deja anotada: “‘Hacer época’ no es intervenir pasivamente en la cronología: es apresurar el momento” (Löwy, 2005: 164).

Este es un particular sentido de la urgencia porque habilita la acción política, por eso no se parece en nada a la aceleración de los tiempos en la cadena de producción a la que hacía referencia Marramao.

A nosotros nos urge lograr transformar estas oportunidades en ámbitos propicios para encontrar los instrumentos que lleven a obtener los medios prácticos para la ejecución de las ideas que portamos respecto de lo que debe ser nuestro futuro (Kirchner, 16/12/2003).

Quien se sorprende con las medidas adoptadas desde la política niega la política misma, porque la decisión política (aquella que crea las opciones entre las cuales decidir) estructura el tiempo. Podemos ejemplificar esto con un discurso de Cristina Fernández al anunciar la finalización del sistema de las AFJP (seguros de retiro por capitalización individual) para volver a un sistema estatal basado en la solidaridad intergeneracional:

He leído por allí algún comunicado, alguna declaración en cuanto a por qué así de repente esta decisión, es como si de repente un día, en un mundo donde todo está normal y maravilloso, y en un país en el cual tenemos una historia de mucha tranquilidad en todos los frentes, alguien se levanta intempestivamente y decide tomar una medida de esta naturaleza, creo que es obvio el contexto internacional y nacional en el que se adopta una decisión, que sin lugar a dudas, es de carácter estructural, tan estructural como la que se tomó en 1994, claro que en otro marco nacional y mundial, el neoliberalismo, el repliegue del Estado era total y absoluto (Fernández, 21/10/2008).

El kirchnerismo sorprende por inesperado, por incomprensible y por apresurado, porque su tiempo es un tiempo que habilita la acción y la decisión política.

#### *D. Salvar al presente del pasado*

Esta ruptura de la temporalidad mecánica, vacía, homogénea y gradual en favor de una temporalidad abierta implica no sólo una forma distinta de configurar el presente y el futuro, sino también una relación singular con el pasado. Y esto se ejemplifica significativamente con la política de derechos humanos, con la anulación de las leyes de impunidad, con los juicios a los represores, con la recuperación de la ESMA como espacio para la memoria, con la declaración de feriado nacional el 24 de marzo.<sup>6</sup> Reivindicar a las víctimas del terrorismo de Estado, su lucha y su valor como militantes, recordarlos, y reparar la injusticia es la forma de abrir la historia hacia el pasado, afirmando que es imprescindible para salvar el presente dar ese “salto de tigre hacia el pasado” (Benjamin, 2007: 3). Para Benjamin la redención del pasado se realiza a través de la rememoración y la reparación, por eso no se trata de una mera restitución del pasado, sino de una transformación activa del presente:

el pasado sólo puede comprenderse a la luz del presente, y su verdadera imagen es fugaz y precaria, “como un relámpago”. Sin embargo, Benjamin

---

<sup>6</sup> Benjamin, en su tesis XV, opone al tiempo de los relojes el tiempo de los calendarios, porque en ellos se expresa el tiempo histórico cargado de memoria. Los días feriados son días de recuerdo y rememoración. “El días con el que comienza un calendario actúa como un acelerador histórico” (Benjamin, 2007: 36). Y según la versión francesa que consulta Löwy, los feriados son “tanto días iniciales como días de evocación”, refiriendo lo inicial a una ruptura redentora (Ibíd.: 114).

introduce aquí un nuevo concepto: la *Einfühlung*, cuyo equivalente francés más próximo sería la *empathie* [empatía] pero que él tradujo como “identificación afectiva”. Benjamin acusa al historicismo de identificación con los vencedores (Löwy, 2005: 82).

“Desclausurar” el pasado, reparar el sufrimiento de los oprimidos, abrir la historia y así mostrar “que la variante histórica que ha triunfado no era la única posible”, porque eso evidencia, a su vez, que “cada presente se abre a la multiplicidad de futuros posibles” (Ibíd.: 183). Voltar la dirección de la identificación afectiva y tornarla hacia los vencidos. Se comprende mejor así los tramos finales del primer discurso de Néstor Kirchner como Presidente de la Nación:

Convocamos al trabajo, al esfuerzo, a la creatividad para que nos hagamos cargo de nuestro futuro, para que concretemos los cambios necesarios para forjar un país en serio, un país normal con esperanza y con optimismo. Formo parte de una generación diezmada, castigada con dolorosas ausencias; me sumé a las luchas políticas creyendo en valores y convicciones a las que no pienso dejar en la puerta de entrada de la Casa Rosada (Kirchner, 25/03/2003).

Colocamos ambos párrafos para mostrar el pasaje de ese “nosotros” que se impuso, junto con el impersonal, durante todo el discurso de asunción, a la primera persona singular. No existía un impedimento gramático, sintáctico, histórico o político para decir “*formamos* parte de una generación diezmada”. Pero al utilizar el “yo” el efecto de identificación cobra mayor fuerza.

El kirchnerismo abre el pasado como modo de la reparación, y en esa reparación – urgente– recompone la comunidad política. Así, como nos dicen Gerardo Aboy Carlés y Pablo Semán, retorna una idea de nación que ya no se asocia al autoritarismo, a la homogenización cultural represiva y al integrista católico, sino que se *encuentra*, converge con motivos democráticos. La nación aparece como el marco de reparación de una sociedad lesionada, de un pueblo dañado. El kirchnerismo se presenta como la promesa de recomposición comunitaria capaz de incluir a los excluidos y a los renegados por un pasado siniestro (Aboy Carlés y Semán, 2006: 191).

Es por ello que la reparación no sólo se traduce en las políticas de derechos humanos, sino en el conjunto de las políticas que apuntan a la inclusión y, con ello, a la construcción de otra comunidad política. Entonces, la recomposición de las fronteras (espaciales) de la comunidad, la asignación de los lugares y de las funciones, es el efecto de la inauguración de una temporalidad inesperada. Teniendo esto en cuenta, la deuda es el concepto que anuda las nociones de tiempo y reparación, que da cuenta de los lazos entre distintas generaciones, lazos que se habían quebrantado y que pudieron ser reparados cuando se inauguró una temporalidad nueva.

Finalmente, quiero decirles algo. Yo escuchaba cuando Gabriel [Mariotto] decía que hacía 25 años que esperábamos esto y cuando uno mira las cosas que han sucedido en estos años, no solamente, por supuesto en este año y pico que llevo como Presidenta de los argentinos, sino en el período que se inició en el 2003, tengo la sensación de que somos un gobierno que venimos pagando viejas deudas, un gobierno pagador de deudas de la democracia, desde el nivel de desendeudamiento, que usted ex presidente comenzó a poner a nuestro país cuando canceló la deuda con el Fondo Monetario Internacional, sino también la deuda que significaba que quienes habían torturado, asesinado y desaparecido durante los años de la dictadura

estuvieran libres y amnistiados, nuestra deuda con los derechos humanos, la deuda con nuestros jubilados, primero reconociéndoles aumentos desde que usted fue presidente y luego culminando con las dos leyes que tuve el honor de enviar como Presidenta de todos los argentinos al Parlamento y que fueron, una, la de consagrar la movilidad de los haberes y pensiones de los jubilados y, la otra, la de volver al Estado la administración del ahorro público de los argentinos. Siento que somos un gobierno pagador y pagador de deudas que contrajeron otros o que las construyeron otros, mientras que muchos de ellos, sin embargo, nos dicen que somos un gobierno que nos gusta manejar y administrar la caja (Fernández, 18/03/2009).

#### *E. Paso a paso (contra la pasividad del milagro)*

Pero a este tiempo inesperado, sorpresivo, nuevo, fundante, a esta relación reparadora con el pasado, se le acopla otro tiempo que puede aparecer como contradictorio: un tiempo gradual, que tiene que ir paso a paso, un tiempo presente condicionado por el pasado:

Pero también los argentinos hemos aprendido que no hay recuperaciones milagrosas, que el inmediatismo siempre es señal de una debacle mayor y que la Argentina va a tener sus años para recuperarse y recobrar el tiempo perdido y poder potenciarse para ser un país como el que deseamos todos los argentinos, con justicia, con equidad, con inclusión social, que es la lucha que todos nosotros tenemos que llevar adelante. (...)

No vamos a salir del infierno al paraíso, tendremos infierno, purgatorio, tenemos pasos que dar en la recuperación argentina (Kirchner, 23/12/2003).

Ese es el camino, no hay ni hombres ni mujeres providenciales, no se termina en una gestión el tiempo de la historia, vamos construyendo escalones con aciertos, errores, virtudes y equívocos, pero lo importante es ir construyendo esa escalera ascendente (Kirchner, 10/12/2004).

El milagro es lo opuesto de la acción porque únicamente el profeta, y no el hombre, puede realizar milagros, pero además anula la acción al proponer que lo que nos toca como hombres es esperar el milagro. Entonces, si bien este tiempo gradual y el tiempo fundante parecen contradictorios al punto de anularse mutuamente, debe notarse que el “paso a paso” no anula las posibilidades de la acción política, ya que lo que está enfrente, el tiempo de “los otros”, es el milagro.

#### **IV. Palabras finales**

Para finalizar retomemos el planteo de Aboy Carlés sobre las dificultades que el populismo enfrenta para su institucionalización. El autor sostiene que el populismo es un mecanismo específico de negociación de la tensión entre ruptura y orden, o mejor dicho, es el *péndulo*, la tensión misma entre los dos polos, lo que explica la imposibilidad de su estabilización institucional, la constante inestabilidad del *demos* (Aboy Carlés, 2005; Reano y Yabkowski, 2010). Esta idea nos sirve de trampolín para arriesgar la siguiente reflexión: la especificidad del populismo kirchnerista, su factor singular, no sería el movimiento pendular en la dimensión espacial (pues eso sería propio de todo populismo), sino el movimiento pendular entre un tiempo de la necesidad, un tiempo cronológico, gradual (dado que el kirchnerismo también administra), y un tiempo político, inesperado, abierto, lleno de momentos explosivos,

lleno de memoria. Y paradójicamente, la irrupción de este “tiempo ahora” tiene un doble efecto sobre la institucionalización: por un lado, cada vez que irrumpe, la institucionalidad se consolida, ya que desde el Estado se satisface una demanda que implica la inclusión, el reconocimiento de un derecho, la ampliación de la democracia. Pero por otra parte, también se consolida un modo del hacer político que se nutre de lo inesperado y de lo imprevisible, lo que sí dificulta la institucionalización (pero esta vez, la institucionalización de una organización, de un programa, de un proyecto).

El kirchnerismo gobierna, administra, decide, implementa. Pero sobre todo, hace política. Y de ahí proviene su carácter imprevisible. Si el kirchnerismo se nos escapa, si nos sorprende, no se debe, solamente, a nuestra falta de conocimiento como ciudadanos, o como científicos sociales que trabajan con métodos inadecuados, sino “a la naturaleza misma de la praxis humana”, porque “el resultado de la acción histórica de los individuos y los grupos sociales sigue siendo extremadamente imprevisible” (Löwy, 2005: 173).

No hay nada de místico o “irracional” en esta constatación: se deduce de la propia índole de lo político como actividad humana colectiva y plural, condicionada, desde luego, por las estructuras sociales y económicas existentes pero capaz de superarlas, transformarlas y trastocarlas por la creación de lo nuevo. Ya sea que se designe esta dimensión irreductible como “factor subjetivo”, “voluntarismo”, “libertad del sujeto”, “autonomía de los actores sociales” o “proyecto humano”, lo cierto es que la acción política escapa a todo intento de ser analizada como simple función de las estructuras o, peor aún, como resultado de las “leyes científicas” de la historia, de la economía o la sociedad (Ibíd.).

## Bibliografía

ABOY CARLÉS, Gerardo, 2005: “La democratización beligerante del populismo”. Trabajo presentado en *VII Congreso Nacional de Ciencia Política de la Sociedad Argentina de Análisis Político*, Córdoba.

ABOY CARLÉS, Gerardo y Pablo SEMÁN, 2006: “Repositionnement et distance du populisme dans le discours de Nestor Kirchner”. En Corten, André (compilador), *La clôture du politique en Amérique latine: imaginaires et émancipation*, Paris, Karthala.

AGAMBEN, Giorgio, 2001: *Infancia e historia. Destrucción de la experiencia y origen de la historia*, Buenos Aires, Adriana Hidalgo editora.

AGUSTÍN, 2006: *Las confesiones*, Tecnos, Madrid.

BENJAMIN, Walter, 2007: *Sobre el concepto de historia. Tesis y fragmentos*, Buenos Aires, Editorial Piedras de Papel.

COLOMBO, Ariel, 2010: *La cuestión del tiempo en la teoría política. Vol I. Planteos clásicos y modernos*, Buenos Aires, Prometeo.

GARGARELLA, Roberto, 2010: “Estabilidad y conservadurismo en América Latina”, en ARONSKIND, Ricardo y Gabriel VOMMARO (compiladores), *Campos de batalla: las rutas, los medios y las plazas en el nuevo conflicto agrario*, Buenos Aires, UNGS-Prometeo, pp. 55-66.

KOSELLECK, Reinhardt, 1993: *Futuro pasado. Para una semántica de los tiempos históricos*, Barcelona, Paidós.

JUSTINIANO, María Fernanda, 2004: “Tiempo e historia. Los tiempos de Newton, Einstein, Prigogine, Hawking y los modos de hacer historia”, *Revista Escuela de Historia*, Vol. 1, nro 3, Universidad Nacional de Salta.

LACLAU, Ernesto, 2005: *La razón populista*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.

LECHNER, Norbert, 1984: “El realismo político. Una cuestión de tiempo”, Documento de trabajo, Programa FLACSO, nro. 205, Santiago de Chile.

LÖWY, Michael, 2005: *Walter Benjamin: Aviso de incendio. Una lectura de las tesis “Sobre el concepto de historia”*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.

MAQUIAVELO, Nicolás, 1981: *El príncipe*, Madrid, Alianza.

MAQUIAVELO, Nicolás, 2000: *Discursos sobre la primera década de Tito Livio*, Madrid, Alianza.

MARCHART, Oliver, 2009: *El pensamiento político posfundacional. La diferencia política en Lefort, Nancy, Laclau y Badiou*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.

MARRAMAIO, Giacomo, 2008: *Kairós. Apología del tiempo oportuno*. Barcelona, Gedisa.

RANCIÈRE, Jacques, 1996: *El desacuerdo. Política y filosofía*, Buenos Aires, Nueva Visión.

REANO, Ariana y Nuria YABKOWSKI, 2010: “La inestabilidad del *demos*: repensar la relación entre populismo y democracia”, *Revista de Ciencias Sociales* de la Universidad Nacional de Quilmes, año 1, n° 17, primer semestre, 2010, págs. 101-119.

RINESI, Eduardo, 2007: “Representatividad, legitimidad, hegemonía. Los dilemas de la representación política después del desbarajuste”, en EMILIOZZI, Sergio, Mario PECHENY y Martín UNZUÉ (compiladores), *La dinámica de la democracia. Representación, instituciones y ciudadanía en Argentina*, Buenos Aires, Prometeo.

TORRES, Sebastián, 2002: “Maquiavelo: las pasiones y la cuestión social”, *Revista Nombres*, Año XII, N° 17, Córdoba.

YABKOWSKI, Nuria, 2012: “El kirchnerismo como temporalidad inesperada”, en BARROS, M.; DAÍN, A. y MORALES, M. V. (comp.), *Escritos K*, Villa María, EDUVIM, pp. 85-111.

Discursos presidenciales consultados en:

<http://www.presidencia.gov.ar/informacion/discursos>

Artículos periodísticos:

POGGI, Nicolás, 2013: “Reglas de manual del estilo kirchnerista”, *Argentina Digital*, 15/04/2013.

[http://www.argentinadigital.info/nota.asp?n=2013\\_4\\_15&id=16823&id\\_tiponota=31](http://www.argentinadigital.info/nota.asp?n=2013_4_15&id=16823&id_tiponota=31)